

Más sobre médicos en Quevedo

José Julio Tato Puigcerver
Alicante

José Julio Tato se halla embarcado en la preparación de un monumental *Léxico médico* de las obras de Quevedo. Agradecemos al profesor Tato el envío de distintas referencias de su *Léxico* que aclaran pasajes de don Francisco de Quevedo y pueden ser de gran utilidad en futuras ediciones y trabajos de investigación.

1. Algunas entradas del «Léxico» del profesor José Julio Tato

Aceite de Matiolo: «pues dan por aceite de Matiolo aceite de ballena»¹. Ver *Autoridades*: «y así de otras especies, de quienes toman la denominación: y también la suelen tomar del inventor del aceite: como aceite de Aparicio, de Mathiolo, etc.». Ver Parrilla Hermida: «*Aceites*: Eran cocimientos al bañomaría en aceite de diferentes productos o “simples”. *De Mathiolo*: Se utilizaba en las afecciones febriles bien en fricciones, ya también en gotas por vía oral. Era una composición integrada por aceite de olivas, flores de hipericón, benjuí, canela, palo santo y escorpiones recogidos en el estío y pulverizados»². El nombre de Matiolo procede del médico Pietro Andrea Mattioli (1500–1577). Ver, por ejemplo, Petri Adreae Matthioli Senensis, *Medici, compedium De Plantis Omnibus... in commentariis in Dioscoridem editis*, Venetiis, In Officina Valgrifiana, 1571. A Mattioli se debe, más que a ningún otro, el conocimiento de la obra de Dioscórides en Europa por su traducción de la misma al italiano, en 1544, y posteriormente la publicación de la versión latina y sus comentarios.

¹ Ataque a los boticarios en *Sueños*, ed. Arellano, 1991, p. 211. Arellano declara en su nota no haber hallado la receta del tal aceite. Hela aquí.

² Parrilla Hermida, 1972, p. 19.

Celidonia: «Tratando en presencia del rey Federico los médicos de qué cosas aumentaban la vista, y afirmando unos que la eufrasia, otros la *celidonia*, otros el hinojo»³. En *Covarrubias* aparece: «Es una hierba muy conocida por los provechos que della se sacan. Tiene virtud de mundificar, y su zumo clarifica la vista y deshace toda suerte de opilaciones. Aplicada sobre las verrugas adelgazadas las consume y extirpa. Los alquimistas la llaman don de Dios, porque (según su opinión) sirve mucho para sus quinta esencia. Verás a Dioscórides, lib. 2, cap.171, et cap. 172. Díjose *celidonia* de la palabra griega *celidwvn*, *hirundo*; porque esta ave restituye la vista de sus polluelos con esta hierba y, considerando esto, los hombres la aplicaron a diversas enfermedades de los ojos; de manera que *celidonia* valdrá tanto como hierba golondrinerá» Ver también F. Vallés, *Libro singular o de la Sagrada Filosofía*: «le es esta enfermedad muy familiar a ellas [la ceguera a la golondrina], de forma que trata siempre de evitar su presencia entre sus polluelos haciendo uso de cierta hierba, que por ella recibe el nombre de quelidonia»⁴. Hay dos clases de *celidonia*: una es la *Celidonia maius*, una papaverácea de flores amarillas cuyo jugo se usaba en medicina; y otra, la *Celidonia menor* (*Ranunculus ticaria*), hierba ranunculácea y venenosa. La *hirundo* que menciona *Covarrubias* es la *Hirundo rustica*, golondrina común, o cualquier otra golondrina. *Celidwvn* o Quelidón, significa golondrina en griego; *Hirundo* es el nombre latino.

Charquías: «Otros poetas hay charquías, que todo lo hacen de nieve y de hiel, y están nevando de día y de noche»⁵. Buendía incluye una nota que dice: «Adjetivación del nombre de *Charquías* o Jarquíes, catalán a quien se le atribuye, si no el invento, la vulgarización de los pozos de nieve y el resfriar en ellos el agua en garrafas de vidrio, durante los tiempos de Felipe III». Se podría añadir a esto que *charquías* puede ser de origen árabe y podría tener aquí la acepción de 'color blanco de nieve'. La manufactura de helados en el Levante español proviene, en su técnica, de Bagdad. El profesor Fernández Mosquera me indica que Quevedo utiliza esta voz también en dos poemas: «A la rubia de aventuras, / la que se peña bochornos, / de cuyas manos Charquías / llena de nieve sus pozos»⁶; y en otro lugar: «Recoger quiere la nieve / que tus edades ventiscan / en pozos de cimiterio / la calavera Char-

³ Quevedo, *Virtud Militante*, en *Obras completas*, ed. Buendía, 1974, p. 1372.

⁴ Vallés, F. de, *Libro singular o de la sagrada filosofía*, tr. E. Sánchez y F. Villarán, 1971, p. 333.

⁵ Quevedo, *Aguja de marear cultos*, en *Obras completas*, ed. Buendía, 1974, p. 408.

⁶ Quevedo, *Poesía original completa*, ed. Blecua, 1981, núm. 854, vv. 17-20.

quías»⁷. Corominas explica que: «charque o charqui, 'carne curada al sol o al hielo' (1602) [...] pero no es seguro que el quichua *ch'arqui*, 1560, no sea de origen hispánico, teniendo en cuenta que *exxerca* y *enxarca* (de origen arábigo existen con el mismo sentido en Portugal y, al menos aquél, desde la Edad Media»⁸. También explica Corominas que: «del portugués antiguo *carne enxerca* (enxarca, encherca) 'tasajo', que ya se halla en la Edad Media, y que se cree precedente del árabe *sariq* 'carne sin gordura' [...] *tasriq* 'desección de carne al sol'» Corominas nos enteramos también de que «*xerquería* es nombre arábigo: es lo mismo que rastro donde se matan los carneros»⁹. José Benítez de Lara, profesor de árabe, me señala una palabra cuyo sonido recuerda a la que nos ocupa: *Shárraqa*, y que curiosamente significa 'encalar'. Así «de cuyas manos charquías» quizás podría leerse con el sentido de 'manos de color blanco como la nieve', o de 'manos huesudas, como tasajo, como secadas por la nieve y el sol'; o «calavera charquías», de color blanco como el hueso. Hay otro texto quevediano que creo que eliminará cualquier duda sobre este significado; un texto donde las manos nievan un manto con su blancura: «El rostro era nieve y grana [...] Los dientes transparentes y las manos, que de rato en rato nevaban el manto, abrasaban los corazones»¹⁰.

Demonio meridiano: «David, en el *Salmo*, 90, que es el de todos los peligros, como "son los lazos de los cazadores, la palabra áspera, la saeta que vuela de día, el negocio que camina en las tinieblas, el demonio meridiano, el áspid, el basilisco, el león y el dragón"; para no peligrar en tantos peligros...»¹¹. En la edición de la *Biblia*, de S. de Ausejo¹², se lee el *Salmo*, 90, con esta traducción: «No temerás al terror nocturno, ni saeta que vuela por el día. Ni la peste que vaga en las tinieblas, ni contagio que devasta al mediodía». En otra traducción de los salmos leemos: «ni de la destrucción que despoja violentamente al mediodía», y en alguna traducción inglesa se traslada como «desastre que golpea al mediodía». Es la acedia (acidia, desinterés, desánimo, hastío, el pecado capital de la pereza, del griego *ajkhdiva*: pereza, negligencia), demonio que hostigaba a los monjes de la Tebaida en el mediodía. Se consideraba en toda la tradición monástica que el mediodía era la hora más propicia a caer en cualquier tentación. En la Edad Me-

⁷ Quevedo, *Poesía original completa*, ed. Blecua, 1981, núm. 692, vv. 5-8.

⁸ Ver Corominas, 1973.

⁹ Corominas, 1954, vol. II.

¹⁰ Quevedo, *El mundo por de dentro*, en *Obras completas*, ed. Buendía, 1974, p. 191.

¹¹ Quevedo, *Política de Dios*, en *Obras completas*, ed. Buendía, 1974, pp. 675-76.

¹² *Biblia*, ed. S. de Ausejo, 1967.

dia se consideraba una especie de melancolía y se le denominaba *taedium vitae*. San Buenaventura nos dice: «quod vitium proprie acedia dicitur. Et hoc quidem vitio religiosi homines maxime affliguntur. [...] Vitium acediae est, quod quemdam torporen incutit animo; ut ipsi omnia exercitia spiritualia quasi insipida videantur, et in grave taedium convertantur»¹³. *Meridiatio* tiene en latín la acepción de 'siesta'. La tradición sobre esto es amplia; así, en Grecia, se creía que dormir la siesta a mediodía, bajo algún tipo de árbol, era exponerse a perder el juicio debido a las andanzas del dios Pan a esa hora. Esta creencia perdura en *A Midsummer Night's Dream*, donde Shakespeare presenta a los personajes como víctimas del dios Pan y de su geniecillo, Puck (la palabra griega *demon* puede traducirse así: genio, geniecillo, espíritu, dios, etc.), por dormirse en el bosque de Atenas; de hecho, la palabra pánico viene de Pan, a quien se consideraba responsable del terror súbito que atacaba a veces a los viajeros solitarios en los bosques. En el *Libro de todas las cosas*, Quevedo habla de la «embestidura meridiana»¹⁴ de los panzas al trote, gorriones que se presentan a la hora de comer, y creo que al utilizar «meridiana» está pensando en el «demonio meridiano». Acedia también tiene el significado de dispepsia, y no sería de extrañar que aquí se confundan los efectos de las pesadillas de una indigestión, o de una dispepsia, durante una siesta con los influjos de un demonio o genio o diosecillo. Compárese también *Covarrubias*: «Acidia. Lat. *acedia*, uno de los siete pecados mortales capitales. *Et est tristitia de bono spirituali [...] acedia, quasi sine labore et sine cura [...]. Est tedium interni boni acedea*» (Cov.). Por último es interesante también este pasaje de la *Execración contra los judíos*: «Yo espero de la soberana grandeza, clemencia y justicia de V. M. que, borrando esta mala generación de Vuestros reinos y asolándolos, libraréis Vuestros vasallos “a sagita volante in die, a negotio perambulante in tenebris, ab incursu et demonio meridiano” (“de la saeta que vuela de día, del negocio que camina en las tinieblas, del ímpetu y demonio meridiano”). Que estas tres cosas son las que más se deben temer, y los judíos son estas tres cosas: saeta que vuela de día, que es cuando hay luz para acertar a ofender; son negocio que camina en tinieblas para esconder los pasos y ocultar las zancadillas y los lazos; su caudal es demonio meridiano, tesoro de duende que, vulgarmente dicen, se vuelve carbón. Y así, repartido cada judío en estas tres calamidades, las padecemos siempre: a la mañana, saeta que vuela; a

¹³ Ver *Tractatus de Vite Mystica*, Tridenti, Ex Typographia Episcopali Joannes Batistae Monauni, 1774.

¹⁴ Quevedo, *Libro de todas las cosas*, en *Obras completas*, ed. Buendía, 1974, p. 124.

mediodía, demonio meridiano; y a la noche negocio que camina en tinieblas»¹⁵.

2. El acto médico en la obra de Quevedo¹⁶

Presento una selección de textos de Quevedo referentes a la asistencia médica, la figura del médico y una censura de los lugares comunes que reducen la crítica de Quevedo a la medicina y a los médicos a sus textos más crueles y jocosos.

En 1629, Quevedo escribe su tratado satírico *Libro de todas las cosas*, y en el capítulo «Para saber todas las ciencias y artes mecánicas y liberales en un día» tenemos un texto perfecto para enmarcar desde el principio este tema:

Si quieres ser famoso médico, lo primero linda mula, sortijón de esmeralda en el pulgar, guantes doblados, ropilla larga y en verano sombrero de tafetán. Y teniendo esto, aunque no hayas visto libro, curas y eres doctor; y si andas a pie aunque seas Galeno, eres platicante. Oficio docto, que su ciencia consiste en la mula.

La ciencia es ésta: dos refranes para entrar en casa; el *¿qué tenemos?* ordinario, *venga el pulso*, inclinar el oído, *¿ha tenido frío?* Y si él dice que sí primero, decir luego: «Se echa de ver. ¿Duró mucho?» y aguardar que diga cuánto y luego decir: «Bien se conoce. Cene poquito escarolitas; una ayuda». Y si dice que no la puede recibir, decir: «Pues haga por recibilla». Recetar lamedores, jarabes y purgas para que tenga que vender el boticario y que padecer el enfermo. Sangrarle y echarle ventosas; y hecho esto una vez, si durare la enfermedad, tornarlo a hacer, hasta que, o acabes con el enfermo o con la enfermedad. Si vive y te pagan, di que llegó tu hora; y si muere di que llegó la suya. Pide orines, haz grandes meneos, míralos a lo claro, tuerce la boca. Y sobre todo advierte que traigas grande barba, porque no se usan médicos lampiños y no ganarás un cuarto si no pareces limpiadera. Y a Dios y a ventura, aunque uno esté malo de sabañones, mándale luego confesar y haz devoción la ignorancia. Y para acreditarte de que visitas casas de señores apéate a sus puertas y entra en los zaguanes y orina y tórnate a poner a caballo; el que te viere entrar y salir no sabe si entraste a orinar o no. Por las calles ve siempre corriendo y a deshora, por que te juzguen por médico que te llaman para enfermedades de peligro. De noche haz a tus amigos que vengan de rato en rato a llamar a tu puerta en altas voces para que lo oiga la vecindad: «Al señor doctor que lo llama el Duque; que está mi señora la Condesa muriéndose; que le ha dado al señor Obispo un accidente» y con esto visitarás más casas que una demanda y tendrás horca y cuchillo sobre lo mejor del mundo¹⁷.

¹⁵ Quevedo, *Execración contra los judíos*, ed. F. Cabo Aseguinolaza y S. Fernández Mosquera, 1996, p. 41.

¹⁶ Comunicación que se presentó en *VII Congreso Internacional de Historia de la Medicina*, celebrado en Alicante del 6 al 9 de Abril de 1983.

¹⁷ Quevedo, *Libro de todas las cosas*, en *Obras completas*, ed. Buendía, 1974, pp. 127-28.

Las alusiones a las mulas de los médicos se encuentran también en otros muchos lugares, así: «Aunque el camino estaba algo embarazado, no tanto con las mulas de los médicos como con las barbas de los letrados»¹⁸; más aún: «Yéndose a ojeo de calenturas, paso entre paso, un médico en su mula»¹⁹; o esta otra: «mis vecinos, que por no ver mi zaguán asombrado de mulas a todas horas, me juzgaban sin remedio»²⁰.

También volvemos a encontrar la famosa sortija que los médicos llevaban en el poema «La losa en sortijón pronosticada»²¹. Y los guantes de médico, que se solían doblar: «Tomó los guantes y doblólos a usanza de médico»²². He aquí, pues, al médico presentado en su atavío, descendido de su mula y visitando al enfermo, en una visita que Quevedo satiriza aún más agudamente en este otro texto:

Quando vi a estos y a los doctores, entendí cuán mal se dice para notar la diferencia aquel asqueroso refrán: “Mucho va del c... al pulso”; que antes no va nada, y solo van los médicos, pues inmediatamente desde él van al servicio y al orinal a preguntar a los meados lo que no saben, porque Galeno los remitió a la cámara y a la orina. Y como si el orinal les hablase al oído, se le llegan a la oreja avahándose los barbones con su niebla. ¡Pues verles hacer que se entienden con la cámara por señas, y tomar un parecer al bacín y su dicho a la hedentina! No les esperara un diablo²³.

¿Y el tratamiento? Diagnosticado el mal, recurriendo a lo ya sabido del examen del pulso, de la orina y de las cámaras, en lo cual hay sátira, pero basada en la realidad de la práctica médica de la época, se pasa al *recipe*, que incluye las consabidas sangrías, purgas, ventosas, jarabes, lamedores y alguna dieta. Y todo esto ¿durante cuanto tiempo? Tanto como duren el enfermo o la enfermedad, aunque Quevedo insiste que siempre más de lo necesario, pues enfermo que cura pronto no es rentable a la economía de los médicos: «¿cómo quieres que te dé una salud que no le vale nada, y que te quite un tabardillo que le da de comer?»²⁴. Una vez ejercida su facultad, llega «la hora del médico», el momento de cobrar pues esta facultad no se ejerce de balde, y los médicos de entonces, según testimonian Quevedo y muchos otros autores, lo hacían de una forma bien curiosa:

¹⁸ Quevedo, *Sueño del infierno*, en *Los sueños*, ed. I. Arellano, 1991, p. 175-76.

¹⁹ Quevedo, *Obras completas*, ed. Buendía, 1974, p. 258.

²⁰ Quevedo, *Obras completas*, ed. Buendía, 1974, p. 1455.

²¹ Quevedo, *Poesía original completa*, ed. Blecua, 1981, núm. 544.

²² Quevedo, *Obras completas*, ed. Buendía, 1974, p. 227.

²³ Quevedo, *Sueño de la muerte*, en *Los sueños*, ed. Arellano, 1991, pp. 320-21.

²⁴ Quevedo, *Obras completas*, ed. Buendía, 1974, p. 123.

pues hay quien corra echando los codos adelante, que son los médicos cuando vuelven la mano atrás al recibir el dinero de la visita al despedirse, que toman el dinero corriendo y corren como una mona al que se lo da porque le maten²⁵.

Pero no sólo el médico vive del paciente y sufrido enfermo. El médico extiende su *Recipe* y remite a otros a quienes Quevedo también fustiga implacablemente:

La receta facinorosa nos hace pagar en el barbero las heridas, en el boticario el asco; en sus visitas, la sentencia. Darnos jarabes y brebajes porque ha menester venderlos la botica, no porque ha menester tomarlos el doliente. Créese y págase la jeringonza en las recetas y bébese la zupia, la basura en los botes la estima el peso, aunque la está acusando la escoba²⁶.

Vemos así que los médicos curan, pero no sanan y, lo que es más grave, que matan al enfermo con lo que recetan para que sane, que viven de matar y matan, y la queja, y la responsabilidad, no cae sobre ellos sino sobre la dolencia²⁷.

Y todo esto independientemente de la posición social del enfermo; porque existe el hospital para los pobres y las juntas y protomédicos para los ricos, pero a pesar de ello dice Quevedo:

No niego que sanan muchos a quien visitan; más éstos sin ellos alcanzarían la propia salud de balde y limpia; porque la naturaleza que trata al hombre por de dentro, es más docta que todos los filósofos. Así que, sanando cobran lo que debían a la naturaleza, y matando lo que ellos le deben²⁸.

Y en otro lugar:

Verdad es que no llamo, estando enfermo, doctor; que así llaman a quien sabe tanto como cree nuestro miedo, al que medra con nuestro peligro. Si el morir no hay médico que lo estorbe, y hay muchos que lo inducen²⁹.

Y más adelante: «De ninguna enfermedad se muere sin asistencia de la medicina: pocos males son tan hábiles, que sin la mano del físico sepan acabar con el hombre»³⁰.

²⁵ Quevedo, *Obras completas*, ed. Buendía, 1974, p. 123.

²⁶ Quevedo, *Obras completas*, ed. Buendía, 1974, p. 1456.

²⁷ Quevedo, *Obras completas*, ed. Buendía, 1974, p. 949.

²⁸ Quevedo, *Obras completas*, ed. Buendía, 1974, p. 1465.

²⁹ Quevedo, *Obras completas*, ed. Buendía, 1974, p. 1455.

³⁰ Quevedo, *Obras completas*, ed. Buendía, 1974, p. 1456.

A pesar de lo que dice Quevedo, son muchos los males tan hábiles como para acabar con la vida del hombre, con o sin la ayuda del médico, y entonces a veces se recurre a hacer de su cuerpo anatomía: «y el cuerpo despedazado fue docta y útil lección para los vivos. Galeno por ese camino se confiesa discípulo de una cebolla, pues lo que no pudo entender en el que curaba cuando vivía, supo abriéndole después de muerto»³¹; y también la obrita *Visita y anatomía de la cabeza del cardenal Richelieu*, como su nombre indica, refiere la disección (en esta obra, en vida), al «hacer anatomía». En ocasiones, en la literatura del XVII, «Anatomía» tiene el significado de 'esqueleto'; así «huesos de su notomía»³², en el *Quijote*. Hay un pasaje muy similar a esta obrita de Quevedo en la *República Literaria*, de Diego de Saavedra Fajardo, que dice así:

Reconocí a Galeno haciendo anatomía de algunos cuerpos humanos, y que entonces desecaba cabezas de príncipes, en las cuales mostraba a Vesalio Farnesio, y a otros, que con atención le asistían, que faltaban en ellos las dos celdas de la estimativa, cuyo asiento es sobre la fantasía, y la de la memoria, que están en la última parte del cerebro, y que estas dos potencias estaban reducidas y subordinadas a la voluntad en quien se hallaban incluídas.³³

Se usa también en *El Crotalón*: «esperaba ella hazer anatomía de mi corazón, por ver qué tenía en él»³⁴ y en *El Criticón*: «haciendo prolija anatomía de su artificiosa composición»³⁵; y, también, podemos recordar el pasaje de *El rey Lear* donde éste pide anatomizar a Cordelia para ver qué tiene dentro de su corazón.

Resumiendo, vemos en Quevedo a médicos yendo a «ojeo de calenturas»³⁶; llorando al ver a los ahorcados morir «sin pagar nada a la facultad»³⁷; matando a los enfermos³⁸; «ahorcando con el garrotillo, degollando con sangrias, azotando con ventosas, convertidos en pesquisidores contra la vida»³⁹; «batallón de doctores, a quien la nueva elocuencia llama ponzoñas graduadas, pues se sabe que en sus universidades se estudia para tósigos»⁴⁰.

³¹ Quevedo, *Obras completas*, ed. Buendía, 1974, p. 1616.

³² Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, (*Segunda parte*), ed. Rico, 1999, cap. XI, p. 715.

³³ Saavedra Fajardo, *República Literaria*, 1985, p. 122.

³⁴ Villalón, *El Crotalón*, ed. A. Rallo, 1982, p. 259.

³⁵ Gracián, *El Criticón*, Madrid, Espasa-Calpe, 1957, p. 25.

³⁶ Quevedo, *Obras completas*, ed. Buendía, 1974, p. 258.

³⁷ Quevedo, *Obras completas*, ed. Buendía, 1974, p. 275.

³⁸ Quevedo, *Obras completas*, ed. Buendía, 1974, p. 122.

³⁹ Quevedo, *Obras completas*, ed. Buendía, 1974, p. 197.

⁴⁰ Quevedo, *Obras completas*, ed. Buendía, 1974, p. 158.

Hasta aquí la sátira. ¿Por qué este ensañamiento? A nuestro juicio esto tiene varias respuestas: la primera y más importante de todas es que no existe clase social, estamento, clase profesional ni estructura social alguna (a excepción de la Monarquía y la Iglesia, claro está) que escape a la feroz burla quevedesca. Los insultos de Quevedo a los médicos no son mayores que los que dedica a los arbitristas, mesoneros, músicos, poetas, boticarios, barberos, genoveses, judíos, falsos cristianos viejos, letrados, mujeres, viejos vergonzantes, franceses, astrólogos, jueces, alquimistas, escritores culteranos, holandeses, mujeriegos, sodomitas, o quienquiera que convierta en blanco de su sátira. Quevedo, en sus escritos, no deja títere con cabeza, y la clase médica no iba ser una excepción. Otra razón que explique este fenómeno puede ser la pasión de Quevedo, en gran parte de su producción, por el malabarismo verbal, el juego de palabras brillante, el efecto estético e ingenioso por encima de todo y a cualquier coste, sin que de ello se puedan extraer conclusiones morales. Esto unido a la contradicción que siempre encontramos en Quevedo: un hombre que se ríe del amor y escribe alguno de los más bellos poemas de amor de nuestra lengua; que rinde culto al honor para luego burlarse de él; el enamorado misógino; el cojo que se burla de otros cojos y corcovados; el antisemita feroz que en ocasiones defiende a los judíos; el gran escritor ascético y cristiano que se burla cruelmente de colegas suyos y llega a acusar a alguno de ser judío en una época en que no era esta acusación baladí; un amargado, un hombre cargado de complejos y resentido que vierte esta amargura en muchos de sus escritos de una manera cruel, con una frialdad atroz en ocasiones. Por otra parte, la sátira de la medicina y los médicos (sátira que no deja de encerrar gran parte de verdad) es una constante en la literatura de la época y en la anterior: Petrarca, Erasmo, Vives, Vélez de Guevara, Cervantes, Enríquez Gómez, Quiñones de Benavente, Espinel, por citar sólo unos cuantos ilustres autores, abundaron en ella. Dentro de esto destacaremos el caso de Michel de Montaigne, autor predilecto para Quevedo, en uno de cuyos *Essais*, concretamente en el titulado «Del parecido de los hijos a los padres» podría estar la clave principal de toda la actitud de Quevedo ante la medicina.

Visto esto, ¿podemos limitar nuestra visión de la sátira quevedesca a la medicina y los médicos a este Quevedo burlón, irónico, cruel en ocasiones con ella y sus practicantes? En absoluto. En 1635, Quevedo escribe su *Visita y anatomía de la cabeza del cardenal Richelieu*. Son tiempos de guerras con Francia y de profunda indignación y escándalo en España ante la alianza del cristianísimo rey de Francia con el turco y los protestantes. Quevedo no culpa al rey francés y achaca todos los males a la influencia del cardenal. Imagina Quevedo una junta médica reunida para averi-

guar el origen de la pestilencial política francesa, del «mal francés» que aqueja a la política europea, del «mal de Francia», así denominada la sífilis por entonces, que ha contagiado al reino de Francia. Dice el texto:

A instancia del doctísimo defensor de la verdad católica romana, Jacques de Belly, abad de San Michel, en Her, se juntó toda la escuela médica de Mompeller en grande concurso, presidiendo en el acto Andrés Vessalio, y asistiendo el doctísimo Jover, autor de las *Paradojas médicas*, y Pedro Bayro, con su libro intitulado *Venimecum*; Juan Bacchanelo, que escribió el *Consenso de los médicos*, y el muy erudito doctor Rodolfo Magistro, consejero regio y archiatro de los libros reales, médico de Luis XIII, rey cristianísimo de Francia a quien dedicó su libro *Doctrina Hippocratis*⁴¹.

En esta junta, Vessalio se ofrece a entrar en la cabeza del cardenal «con nunca vistos pasos de anatomía»⁴², y averiguar en ella la raíz del mal que asola al reino de Francia. Cuando, hecha su anatomía, Vessalio presenta su informe, se presenta en la reunión Michael, Señor de Montaña, a quien se ofrece la presidencia de la junta. Tenemos aquí a Quevedo utilizando autoridades médicas, de forma alegórica, para denunciar la política del cardenal. El tema es grave, y grave es también el tratamiento que le da Quevedo. Esto bastaría por sí para tener por cierto el respeto de Quevedo a los médicos citados; y, por si fuera poco, la prueba irrefutable es la presencia de Michel de Montaigne en esta junta. Es inimaginable que Quevedo sentara a Montaigne a presidir una reunión cuyos miembros no fueran altísimos ingenios. Veamos quienes son éstos.

Rodolfo Magistro con italianización de nombre es Rodolphe Lemaître (fallecido en 1632), natural de Tonnerre, autor de *Doctrina Hippocratis. Aphorismi nova interpretatione ac methodo exornati* (Paris, 1613); y no médico de Luis XIII, sino de su hermano, Gastón de Orleans⁴³. Pedro Bayro, con su libro *De medendi humani corporis malis enchiridon vulgo veni mecum dictum*, (Turín, 1512). E un médico italiano nacido en Turín (1468-1558); ejerció en esta ciudad y fue médico del Duque de Saboya y de Carlos II. Escribió *De pestilencia ejusque curatione* (Turín, 1507), *De medendi humanis corporis* (Basilea, 1560), y *Secreta medicinalia* (Venecia, 1585)⁴⁴. El Doctor Jover, es en realidad, Laurent Joubert (1529-1583), «gloria de la facultad de Montpellier y uno de los médicos más céle-

⁴¹ Quevedo, *Visita y anatomía de la cabeza del cardenal Richelieu*, en *Obras completas*, ed. Buendía, 1974, p. 1000.

⁴² Quevedo, *Visita y anatomía de la cabeza del cardenal Richelieu*, en *Obras completas*, ed. Buendía, 1974, p. 1010.

⁴³ Dechambre, 1876, vol. II, p. 146.

⁴⁴ Ver Gurlt, 1962, vol. I, pp. 293-94.

bres del siglo XVI», autor, como dice Quevedo de *Paradoxorum decas prima atque altera* (Lyon, 1566)⁴⁵. Juan Bacchanelo, Juan Bacchaneli o Baccanelcino o Baccanelli, o latino Baccaneluus⁴⁶ o Giovanni Baccanelli⁴⁷, es autor de *De Consensu medicorum incurandis morbis libri quatuor*, y *De consensu medicorum in cognoscendis simplicibus liber unus* (París 1550, 1554; Venecia 1555, 1558; Lyon 1572). Trabajó como médico en Reggio a mediados del siglo XVI. En el texto quevediano, Bacchanelo responde por todos «que según había visto la enfermedad de Francia estaba descubierta en su origen por los aforismos médicos». Por último, y sin necesidad de más comentarios, el bruselense Andrés Vesalio.

Para nosotros, el que estos hombres se reúnan bajo la presidencia de Montaigne pone en su justo lugar toda la crítica quevediana a los médicos. Para Quevedo, la medicina, a pesar de su impotencia, es una ciencia sólida, y así se ve en su *España defendida* (1609), tratado en defensa de la cultura y la ciencia españolas contra los ataques de Mercator. Es ésta, obra juvenil, desaliñada y escrita apasionadamente, la primera defensa de la ciencia española y, a nuestro entender, un texto fundamental para la archisabida polémica sobre la ciencia en España. Dice Quevedo: «¿y con esto queréis llamar infelices los estudios de España, donde sólo se atiende a la filosofía, teología y medicina, cánones y leyes, y noticia de lenguas, habiendo en cada esquina hombres doctísimos en ellas?»⁴⁸. Y pese a sus limitaciones, evidentes para cualquiera y no sólo para un crítico como Quevedo, la medicina tiene su utilidad:

Esta malicia tercera se convence con el proceder que en el cuerpo humano enfermo tiene la calentura y la sangría: ésta, evacuando la sangre, asegura la vida con lo que quita; aquélla la destruye, si la guarda. Queda debilitado, mas queda; tiene menos sangre, empero más esperanza de vida y disposición de convalecer; quita las fuerzas, no el ser, que puede restaurarlas. Doy que (como acontece) muera asistido de las purgas y de las sangrías; empero muere como hombre, asistido de la razón, de la ciencia y de los remedios. Si se deja a la enfermedad, es desesperado; conjúrase contra sí con la dolencia, muere enfermo y delincuente. No de otra suerte, en los tributos y en el enemigo, se gobierna el cuerpo de la república; donde aquellos hacen oficio de sangría o evacuación, que secando lo que está en las venas y las entrañas, dispone y remedia; y éste, de enfermedad que sólo puede disminuirse creciendo aquellos con la evacuación que dispone su resistencia y contraste. Quien niega su brazo al médico y la mano al tributo, ni quiere salud ni libertad, y como el médico no es cruel si manda sacar mucha sangre en

⁴⁵ Dezemeris, 1828, vol. I, p. 285.

⁴⁶ Dezemeris, 1836, vol. III, p. 219.

⁴⁷ Gurlt, 1962, vol. I, p. 268.

⁴⁸ Quevedo, *España defendida*, en *Obras completas*, ed. Buendía, 1974, p. 579.

mucho peligro, no es tirano el príncipe que pide mucho en muchos riesgos y grandes⁴⁹.

Este texto pertenece a *Política de Dios y gobierno de Cristo*, escrito en 1635, y se encuentra dentro de un tratado de gobernar dirigido al Rey, y en él Quevedo no se permite chanza alguna sobre ningún tema. Ciertamente que el uso que en él se hace de la medicina —como es frecuente en Quevedo— es el de la alegoría médica referente al buen gobierno de la república, pero podemos tomarlo como opinión cierta de don Francisco.

Presentamos ahora el que, a nuestro juicio, constituye uno de los textos más importantes de los que Quevedo escribiera para conocer y analizar su postura ante la medicina y los médicos. Entre 1634 y 1636, escribe Quevedo su tratado *Virtud militante contra las cuatro pestes del mundo*, una obra impregnada de neostocismo en la que leemos:

Severamente fue docto Hipócrates, eruditamente fue docto Galeno; empero ninguno de los dos fue tan docto y erudito, como oscuras y contingentes las causas y principios de las dolencias. Muy excelentes médicos ha habido y hay en el mundo; empero todos curan con lo que saben, por lo que conjeturan de lo que ignoran y no ven; la parlería más cierta de que se valen es el movimiento del pulso, la color y otras señales de la urina; mas estos son chismes de la naturaleza, no confesión. Juzgan con el uno la desigualdad o intercadencia, en la otra lo claro o lo turbio, lo encendido o lo benigno, lo seroso o lo delgado; empero necesita el físico la sospecha para rastrear las causas, que pueden ser infinitamente diferentes: por donde sin culpa de la ciencia se ocasionan los errores en las curas más judiciosas. [...] Confieso que hay excepción de excelentes y fieles y doctos médicos y artífices; mas no presumo hallarla yo. No por esto los desprecio, si bien los excuso⁵⁰.

El texto observa que, a pesar de la doctrina y la erudición, las enfermedades tienen principios oscuros e ignorados, múltiples y desconocidas causas. El defecto de la medicina como ciencia y de los médicos como artífices es éste: lo limitado de sus conocimientos; su ciencia que sólo alcanza a lo evidente a los sentidos, a «los chismes de la naturaleza», no a su raíz profunda. Hasta en «las curas más juiciosas» de «los más excelentes médicos», se cometen errores que evitan la curación, o que acaban con el enfermo al tiempo que con la enfermedad, pero esto es «sin culpa de la ciencia», ni de los «doctos médicos y artífices». Es la medicina, hoy como entonces, una actividad en la que sus artífices curan con lo

⁴⁹ Quevedo, *Política de Dios y gobierno de Cristo*, en *Obras completas*, ed. Buendía, 1974, p. 686.

⁵⁰ Quevedo, *Virtud militante contra las cuatro pestes del mundo y cuatro fantasmas de la vida*, en *Obras completas*, ed. Buendía, 1974, p. 1455 y 1457.

que saben, ni más ni menos; y si existen casos donde el error es achacable a la impericia o a la dejadez, son mayoría inmensa los errores causados por lo limitado del saber y por la naturaleza misma del hombre, una naturaleza que para Quevedo como buen neoestoico, apasionado lector de Montaigne y Séneca, es consustancial con la enfermedad y la muerte: tanto que nacer es empezar a morir y ser hombre es ser enfermo y llevar la muerte consigo. Esto, como dijo don Francisco, «no hay médico que lo estorbe».



Bibliografía

- Biblia*, ed. S. de Ausejo, Barcelona, Herder, 1967.
- Cervantes Saavedra, M. de, *Don Quijote de la Mancha*, ed. F. Rico, Barcelona, Crítica, 1999, 2 vols.
- Corominas, *Diccionario crítico etimológico*, Madrid, Gredos, 1954, 4 vols.
- Corominas, *Breve diccionario etimológico de la Lengua castellana*, Madrid, Gredos, 1973.
- Dechambre, A., *Dictionnaire Encyclopédie des Sciences Médicales*, Paris, Masson, 1876.
- Dezemeris, M. *et al.*, *Dictionnaire historique de la médecine ancienne et moderne*, Paris, Béchet Jenne, 1828.
- Gurlt, E., *et al.*, *Biographisches Lexicon der hevorragenden Artze...*, München, Urban & Schwarzenberg, 1962, 5 vols.
- Parrilla Hermida, M., «Un hospital militar en 1716», *Medicina e historia*, 15, 1972.
- Quevedo y Villegas, F. de, *Obras completas, Obras en prosa*, ed. F. Buendía, Madrid, Aguilar, 1974.
- Quevedo y Villegas, F. de, *Poesía original completa*, ed. J. M. Blecua, Barcelona, Planeta, 1981.
- Quevedo y Villegas, F. de, *Los sueños*, ed. I. Arellano, Madrid, Cátedra, 1991.
- Quevedo y Villegas, F. de, *Execración contra los judíos*, ed. F. Cabo Aseguinolaza y S. Fernández Mosquera, Barcelona, Crítica, 1996.
- Saavedra Fajardo, D., *República Literaria*, Barcelona, Plaza y Janés, 1985.
- Tractatus de Vite Mystica*, Tridenti, Ex Typographia Episcopali Joannes Batistae Monauni, 1774.
- Vallés, F. de, *Libro singular o de la sagrada filosofía*, tr. E. Sánchez y F. Villarán, Madrid, Cosano, 1971.